

La desilusión ante la ineficacia de las acciones convencionales contra la contaminación del medio ambiente está dando lugar en Estados Unidos al surgimiento de métodos de protesta más directos.

ESTADOS UNIDOS

LOS GUERRILLEROS DE LA ECOLOGIA

Si las constantes denuncias de la degradación del medio ambiente ha encontrado gran eco en todo el mundo industrializado, el tono de las reacciones populares en cada país ha variado según el grado de participación en los asuntos públicos que cada legislación concede al ciudadano. En Estados Unidos, la difusión de la amenaza ha puesto en pie de guerra a vastos sectores de su clase media, siempre insatisfecha y ansiosa de causas. La participación activa en la lucha contra la contaminación ha tomado carácter de «hobby» nacional, con proliferación de manifestaciones, presiones concertadas sobre los políticos y aparición de vigilantes aficionados en busca de infracciones de las leyes vigentes (movidos en muchos casos por el más americano de los incentivos: el denunciante tiene derecho a un tanto por ciento de la cantidad con que se multa a la empresa transgresora). En realidad, se trata de un activismo dentro del orden que canaliza el descontento con el sistema hacia movimientos generalmente inofensivos que sólo quitan

el sueño a los principales ejecutivos y accionistas de las empresas atacadas. La estructura política sólo ha respondido cuando esos movimientos han adquirido fuerza y popularidad en las comunidades, pero la respuesta ha ido disminuyendo en cuanto las exigencias populares han intentado alterar el «modus operandi» del sistema económico norteamericano.

Estos movimientos no pueden ser reprimidos, porque resulta imposible atacar la legitimidad de sus aspiraciones o la realidad del problema, pero sí es posible minar su base de apoyo popular. Se ha visto cómo se intenta calmar la inquietud con torrentes de discursos, proyectos de leyes y el anuncio a bombo y platillo de la creación de comités especiales y agencias federales, cuya función verdadera es atender a las menos demandas posibles con cuidado de causar las mínimas inconveniencias a los sacratísimos intereses de la industria. Uno de los casos más reveladores de esta campaña fue la puesta en marcha en 1970 del Consejo Nacional para el Con-

trol de la Polución Industrial: Richard Nixon decidió que estaría formado exclusivamente por directivos de las empresas más responsables de la contaminación. Sin comentarios. Otra táctica es la de acudir a costosas campañas de publicidad (estos desembolsos se consideran para la «educación del consumidor», y pueden ser deducidos de los impuestos federales, con lo que el público termina pagando indirectamente por esa publicidad) con intención de demostrar: A) La bondad innata y altas miras de la industria, y B), la ignorancia o las siniestras Intenciones de los que insisten en controlarla. Resulta aleccionadora la ofensiva de las grandes compañías petrolíferas, mineras y eléctricas durante la «crisis de la energía»: aparte de beneficiarse inmensamente con sus manipulaciones, llegaron a acusar a los grupos de conservación de la naturaleza de ser responsables de la escasez por los obstáculos que ponen a la industria. Al mismo tiempo, se hacen descarados chantajes a pueblos o regiones pobres, con amenazas de trasladar las fábricas si

entran en vigor normas incómodas.

La desilusión ante la ineffectividad de las acciones convencionales ha dado lugar a la aparición de otras formas más directas de protesta. Estas actividades empiezan a ser conocidas con el nombre de «ecotages» (de «ecology» y «sabotages»).

Los «ecotages» incluyen toda una gama de actividades. La más común es el ataque a los «billboards», que ocupan las orillas de todas las autopistas americanas. Considerados como una de las manifestaciones más demenciales de una sociedad que acepta destruir el paisaje para machacar las consignas consumistas, los carteles de todos los tamaños son víctimas propicias y altamente significativas; generalmente, son restaurados prontamente con refuerzos metálicos, pero vuelven a ser aserrados, incendiados, mutilados o manchados por personajes misteriosos como «Lobo», un estudiante de Vermont que se desplaza a cuatro o cinco Estados vecinos para «trabajar» con grupos de jóvenes colaboradores locales. Ante

la indignación de los responsables de las agencias publicitarias, estos «bárbaros fanáticos» han aparecido en multitud de regiones.

Otros buscan objetivos mayores. Durante los dos años últimos, Arizona conoció las andanzas de los Eco-Raiders, que pasaron de la destrucción de la publicidad al aire libre a los atentados contra los ofensivos hoteles y complejos residenciales que amenazan con transformar el estado en otro Florida. Después de inutilizar maquinaria para la construcción, desfigurar los edificios modelo y las oficinas de venta, arrancar tuberías y causar los máximos destrozos, dejaban su firma y enviaban a la prensa y a los propietarios una carta informándoles de la razón de su incursión nocturna (descuido de la flora y fauna del lugar, falta de respeto al paisaje, desplazamiento de los habitantes seculares, etcétera). Los Eco-Raiders fueron apresados debido a una delación, pero sus tácticas se perpetúan y refinan.

Las formas más avanzadas de «ecotage» no buscan tanto los daños materiales como el llamar la atención sobre situaciones peligrosas. La acción más notable de este tipo ha sido la protagonizada por Sam Lovejoy. Lovejoy habita en una comuna cercana a Montague (Massachusetts), un pueblo de baja renta «per cápita», situado a 130 kilómetros de Boston. A Montague llegaron en 1973 altos representantes de Northeast Utilities Company, la empresa que proporciona electricidad a gran parte de Nueva Inglaterra. Advertidos de que el pueblo había rechazado recientemente un plan para convertir sus llanuras en el basurero de Boston, los recién llegados se lanzaron a agasajar con comidas y viajes a los personajes influyentes de la localidad. Estos quedaron deslumbrados cuando se les presentó el plan para construir una monstruosa central nuclear en las mismas planicies: poco a poco se fue informando que se trataba de la central mayor del mundo, con dos reactores, 1.250 megavatios y un coste estimado de 90.000 millones de pesetas. Con la complicidad del periódico local y las autoridades, por no hablar de las promesas de prosperidad general, el proyecto parecía que iba a ser aceptado por el pleno municipal. La única oposición venía de un grupo de graduados con orientación liberal, que pedía que fuese construida bajo tierra, y de NOPE, una vaga organización en la que participan miembros de las comunas establecidas en el condado (Montague tiene una población conservadora que ha intentado frenar la proliferación de comunas con diversas ordenanzas municipales).

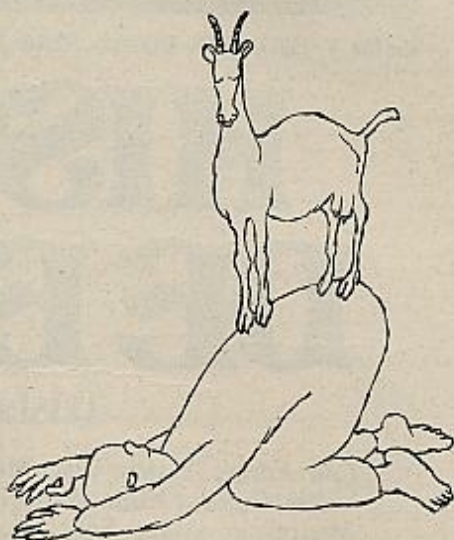
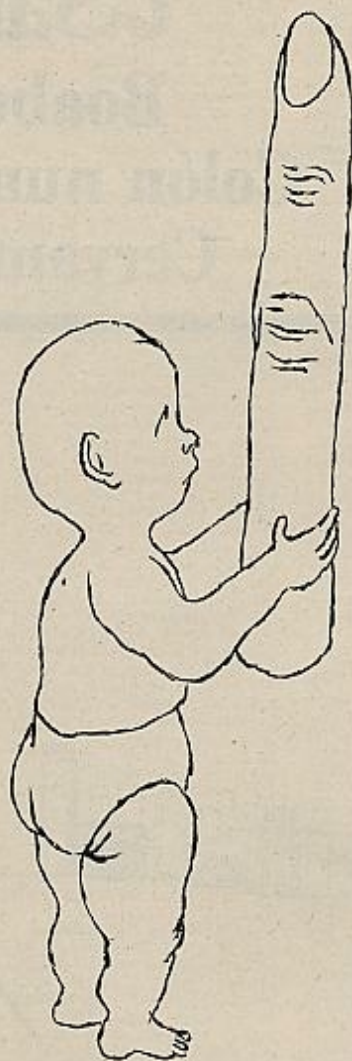
Los promotores de la central tenían casi el permiso en el bolsillo

hasta la madrugada del 22 de febrero. Es el día en que se festeja el cumpleaños de George Washington. En esa fecha, Sam Lovejoy se acercó a la llanura elegida. Allí se levantaba ya una torre de 150 metros destinada a comprobar la dirección del viento (el proyecto hablaba de elevar gigantescas chimeneas de ventilación que emitirían constantemente densas nubes de vapor de agua). En unos pocos minutos, Lovejoy había derribado las dos terceras partes de la torre. Seguidamente se presentó a la policía y se declaró autor del sabotaje.

La noticia ha polarizado la atención nacional. En el condado, la situación está en el candilero: muchas personas que no imaginaban que la central pudiera alterar sus cosechas, salud y forma de vida, han despertado a la amenazadora realidad. En el otro extremo, los ciudadanos que aspiran a beneficiarse con la lluvia de dólares prometida, han insultado a Lovejoy (un artículo en el periódico le equiparaba a Sirhan B. Sirhan (1) y Adolf Hitler). A pesar de todo, su alerta sobre los peligros sanitarios y sociales del proyecto ha tenido gran repercusión: un 25 por ciento de los residentes votaron por prohibir la construcción, todo un triunfo si se considera que la iniciativa de la oposición correspondió a una minoría de jóvenes radicales. Ahora se confía en que se convocará un referéndum de todo el condado en los próximos meses, y hay muchas esperanzas de que la mayoría se decida por el veto.

Sam Lovejoy está procesado por el «ecotage» («destrucción maliciosa de propiedad ajena») y está preparando su propia defensa. Basando su decisión en un informe secreto altamente pesimista de la Comisión de Energía Nuclear —informe difundido por Ralph Nader— y trabajos de diversos científicos, justifica la legalidad de su acción mediante argumentos ecológicos, humanitarios e históricos, invocando la Declaración de la Independencia y la Declaración de Derechos del Estado de Massachusetts. En uno de los párrafos del comunicado, entregado cuando se dejó arrestar, Lovejoy comentaba: «El vicepresidente de Northeast Utilities Company compara el desarrollo de la energía nuclear a la expansión de los ferrocarriles en el siglo pasado. Una posible extensión de su lógica es recordar que aquello significó el exterminio de los indios americanos, y nos hace ver las posibles ominosas repercusiones que las centrales pueden tener para las pequeñas comunidades que reciben el regalo de su presencia». ■ DIEGO A. MARIQUE.

(1) Asesino de Robert Kennedy.



Regueiro